

reses y carnicería fuera de la ciudad, pero a sus inmediaciones, por ejemplo hacia el sur, en donde hay abundante agua pura y aire libre de las emanaciones de la ciudad; tanto más necesaria es esta traslación, cuanto que la carne es uno de los primeros alimentos que nos da la vida, pero que también puede darnos la muerte.

LIBORIO ZERDA

LO TUYO Y LO MIO

NARRACIÓN

Aquí tenéis un recuerdo de mi niñez que me complace en exhumar en memoria de las primeras lágrimas tranquilas y espontáneas que el mundo me hizo verter en cierta ocasión, lágrimas que una emoción pura arrancó de mi alma, que aún se estremece a la dulce remembranza del hecho que voy a referir como buenamente pueda.

Contaba yo a la sazón nueve años. Hace de esto, por consiguiente... Pero no. ¡Baste saber que hace mucho tiempo!

Entre los criados de mi casa figuraba un honrado matrimonio cuyos servicios hacía casi ilusorios la vejez de los miembros que lo componían; pero que fueron siempre respetados en sus destinos respectivos en gracia a haber formado parte de la servidumbre de mis abuelos, entre la que contrajeron ambos especialísimos méritos, tales como salvar la vida en día de revuelta popular a alguien, no sé a quién de la familia, ocultándole con grave riesgo, a la turba desenfrenada, y dando a ésta una dirección falsa que la hizo caer en manos de un retén de la milicia vecinal, formada en aquellos calamitosos tiempos para defender personas y cosas de la engañada y ebria turba-revuelta revolucionaria.

Este matrimonio, del cual acabo de decir tanto bueno, tenía un defecto, a medias repartido entre marido y mujer, que le hubiera hecho insoportable a no ser por el recuerdo de los méritos contraídos por ambos y de que se ha hecho mención.

Para ellos la vida matrimonial era una lucha perpetua; eran lo que se llama dos personas de mal genio, pero de un mal genio verdaderamente excepcional de puro malo.

El asunto más insignificante, la cuestión más baladí era para ambos, no pretexto—se incomodaban con la mejor buena fe del mundo,—sino poderosa razón para emprender una polémica a grito herido, de indefinida duración, ya que no terminaba por un acuerdo, sino por agotamiento físico: una ronquera de la mujer, un acceso de tos del esposo.... por causa de fuerza mayor, en una palabra.

Pero en esta ocasión la cosa iba de veras. Se trataba de que el viejo, recordando tiempos mejores, había consumido dos terceras partes del frasco de aguardiente de moras que su digna esposa guardaba, *para un remedio*; en lo alto de un viejísimo y carcomido armario (llo compraron para casarse!)

El resultado de la incalificable calaverada lo presumirá el lector. Antonio, que así se llamaba el viejo, estaba alegre, muy alegre.... ¡demasiado alegre!

Interrogóle su mujer, y no negó el hecho. Había bebido, porque lo que hay en España es de los españoles, y lo que había en su casa era suyo, y el que no lo quisiera así que lo dejara.

El estrépito de la discusión, con la que se mezclaban las sonoras carcajadas del alegre viejo, llegaron hasta los pisos inferiores de la casa, que ocupábamos nosotros; y de algunas exclamaciones de la vieja y de las contestaciones incoherentes del marido, se pudo venir en conocimiento de la causa de la pe-

lotera de aquel día. ¡La primera, y eran las diez de la mañana!...

De pronto cesó la disputa, y a poco todo volvía en la casa a recobrar su aspecto normal de casa burguesa de pueblo, desapareciendo las cabezas curiosas que en diferentes puntos de la escalera, y mirando hacia la claraboya, habían esperado el término de la disputa. Las criadas a la limpieza de la casa; Julián a lavar el faetón, que aguardaba su ducha en el centro del patio.... y yo al palomar. Había que dar de comer a los palomos. Era la hora.

Este palomar, que constituía mis delicias, estaba en la azotea, y a ella me encaminé con la imprudente precipitación con que se sube o se baja una escalera a los nueve años. Así ocurrió que, al llegar cerca de los escalones de ladrillo que daban acceso a la nombrada azotea, me vi precisado a recoger casi uno por uno los yeros que en una cajita llevaba. ¡El tropezón pudo haberme costado algo más que la molesta operación a que mis prisas me condenaban! Me lancé a ella con todo ardor y con mediano éxito. ¡Quién habrá ideado que los yeros sean redondos! ¡Habían corrido al desparramarse endiabladamente! Los había en todas partes: en los carcomidos de las tablas del pavimento, bajo el arcón del rellano, en los intersticios de los viejísimos escalones.... ¡hasta los hubo que se alejaban de mí dando brinquetes de escalón en escalón, como burlándose!...

Y todo esto que refiero, que alguien juzgará inoportuno, no lo es. Va enderezado a probar que en aquella penosísima recolección de yeros había que invertir mucho tiempo. El suficiente para que yo pudiese oír que del cuarto de Antonio y de su mujer, junto a cuya puerta me hallaba yo muy empeñado en sacar un grano de un huequecillo en que se hallaba muy a su gusto al parecer, de aquel cuarto, decía, salían vo-

ces coléricas, pero comprimidas; las de los habitantes del mismo, por de contado, los cuales mantenían este diálogo:

Ella.—...Eso es ... y de esa manera se acabarán estas disputas. ¡Qué dirán los señores!

El.—¡Qué dirán! Lo que dicen hace mucho tiempo. Que eres insufrible; que hice un disparate en casarme contigo....

Ella.—¿Dicen eso?

El.—No; pero lo debían decir. ¿Y quién sabe si lo dicen? Sobre todo, aquí estoy yo que lo sé, y no me muerdo la lengua.

Ella.—Bueno, pues por eso. Tú a tu casa y yo a la mía. ¡Se acabó!

Yo (Al paño, es decir, detrás de la puerta, y aparte).—Pero ¿qué es esto? ¿Se separan? ¿Se van? Y ¿a qué casa? ¡No tienen más que esta que les da mi padre!

Ella.—Y si el señor prefiere que se quede alguno aquí...

El.—No serás tú.

Ella.—Pues tú menos.

El.—Bueno; las cosas en caliente. Partamos lo que aquí hay. Venga lo mío y quédate con lo que te toque. Tira de ahí.

Ella.—A escape.

Después de estas palabras, pronunciadas en voz baja, enérgica e incisiva por ambas partes, se oyó el sordo rumor que produce el arrastre de un mueble pesado.

Púseme de pie y pude contemplar por el ojo de la llave que los pobres ancianos, haciendo, sin duda inauditos esfuerzos, habían colocado en el centro de la habitación un arcón grande, levantado su tapa y tomado asiento en sendas sillas junto al depósito de sus bienes.

Un instante vacilaron. Sin duda, ninguno quería ser el primero en introducir el brazo en las profundidades del arcón; al cabo se decidió ella, y observando la prenda que pendía de su mano, dijo con cierto aire despreciativo:

—¡Tuyo!—y lo arrojó a un lado. Era un chaleco rameado y floreado hasta lo inverosímil.

—¡Mío!—dijo luégo repitiendo la operación con una basquiña maravillosa.

Imitóla el marido y durante algunos minutos sólo se oyeron en aquel cuarto estas dos palabras, repetidas indistintamente por uno o por otro:—¡Mío! ¡Tuyo! —¡Tuyo! ¡Mío!

Y trapos y ropas volaban por el aire para caer luégo en dos montones a alguna distancia.

Debo confesar que hasta aquí el espectáculo me pareció cómico en alto grado. Dos figuras que se inclinan alternativamente sobre un arcón abierto, que se mueven con dificultad, que repiten aquel *¡Mío! ¡Tuyo!...* ¡Vamos, que me costó trabajo contener la risa! Además, a los nueve años necesita uno poco para reírse.

Pero de pronto varió de un modo profundo la expresión del rostro de Antonio. Pintóse en él hondísima pena, e inclinándose pausadamente como con respeto, al fondo del casi exhausto arcón, sacó de él con temblorosa mano y delicioso gesto un paquete de papel amarillento por la acción de los años, y, abriéndolo con cuidado, expuso su contenido a las miradas de su mujer.

La pobre vieja, no muy colorada de ordinario, se puso como la cera, y miró piadosamente lo que le mostraban.

¿Qué será?—me dije, empinándome.

Antonio llevó a sus labios el paquete, y de él salió, empujado por el achuchón cariñoso que allí diera la desdentada boca del viejo, un trozo de tela colgado de unas cintas.

—¡A ver, a ver!—mascullaba yo con curiosidad

imposible de describir. Y ponfame sobre la punta de los pies, doloridos ya.

Al fin me enteré: sí, aquel era el famoso escapulario que llevó al cuello en Africa, el día que le mataron, aquel Andrés, hijo de los pobres abuelos, cuyas proezas nos refería Antonio sorbiendo lágrimas, al amor de la lumbre, en las noches eternas del invierno. El escapulario del Carmen, negruzco por la sangre seca del pobre Andrés, que dio su vida por la patria lejos de ella, sin besar a su madre.... Lo conocía perfectamente: era la reliquia de los viejecitos, que la recibieron con la noticia de la muerte de Andrés en carta que desde Aguarrás (Wad-Rás), como decía Antonio, escribió el subteniente de Andrés a los padres infelices.

Y ahora hete a estas arrugadas personillas a punto de decidir de quién era aquel triste despojo.

—¡Mío!—fue a decir Antonio.

—¡Mío! intentó exclamar la viejecilla; y cogió el escapulario por un extremo....

—¿Tuyo?—preguntó el marido.

—¿Tuyo?—repitió la mujer.

Yo escuchaba conteniendo el aliento. Había algo en aquella escena tan sugestivo, que por nada del mundo hubiera yo dejado de contemplarla.

Miráronse los viejos en silencio. Por un instante se oyeron sus anhelantes respiraciones.

—¡Nuéstro!!—gritaron con sus vocesillas de caña rota; y febrilmente, con fuerza que no se hubiera supuesto en ellos, enlazaron sus cuerpecillos encorvados, apretando entre ambos el escapulario, llorando estrepitosamente y repitiendo:

—¡Nuéstro, nuéstro!....

Un sollozo capaz de ahogar a cualquiera me subió a la garganta, y durante un buen rato, con la frente apoyada en la puerta, sin compasión, a torrentes, lloré hasta desahogar la emoción intensa que me embargaba. Yo creo que si no hubiera podido llorar, me muero.

Aquel día no comieron los palomos.